

LAWRENCE
WRIGHT

CIENCILOGIA

HOLLYWOOD
Y LA PRISIÓN DE LA FE

¿Qué se esconde detrás de la Iglesia de la Cienciología? ¿Cómo ha logrado convertirse en una de las organizaciones más ricas y poderosas del planeta, y ser reconocida como religión por el gobierno de los Estados Unidos? ¿Por qué estrellas de Hollywood como Tom Cruise y John Travolta son fieles devotos de una de las organizaciones más criticadas del mundo?

Lawrence Wright, premio Pulitzer por *La torre elevada*, y uno de los grandes periodistas de investigación del mundo, ofrece respuestas a estas y a otras muchas preguntas, y nos desvela la historia y la complicada cosmología de una organización tan intrigante como poderosa que ha conseguido captar a ricos y famosos y ha sabido utilizarlos para alcanzar sus objetivos. A través de un trabajo de investigación sin precedentes sobre una de las instituciones más opacas y secretistas que existen, Wright reflexiona sobre qué convierte un culto cualquiera en una religión, y sobre por qué los seres humanos eligen unas creencias sobre otras. Una historia apasionante sobre el atractivo de la fe extrema y el coste de abandonarla.

A mis colegas del New Yorker

Índice

INTRODUCCIÓN

I CIENCIOLOGÍA

1. El converso
2. La fuente
3. Por la borda

II HOLLYWOOD

4. La fábrica de fe
5. Fuera del cuerpo
6. Al servicio de las estrellas
7. El futuro es nuestro
8. Rapsodia bohemia
9. TC y el COB

III LA PRISIÓN DE LA FE

10. La investigación
11. Tommy

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS Y NOTA SOBRE LAS FUENTES
BIBLIOGRAFÍA

INDICE ALFABÉTICO
CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

Introducción

La cienciología desempeña un gran papel en el conjunto de las nuevas religiones que han surgido en el siglo XX y sobreviven en el XXI. Esta iglesia no publica cifras oficiales de afiliados, pero extraoficialmente afirma contar con ocho millones de miembros en todo el mundo, una cifra que se basa en el número de personas que han donado a la iglesia.^[1] Un reciente anuncio afirma que esta acoge a 4,4 millones de nuevos miembros cada año.^[2] Y, sin embargo, según un antiguo portavoz de la iglesia, la Asociación Internacional de Cienciólogos, una organización en la que se alienta enérgicamente a integrarse a los miembros de aquella, cuenta solo con unos 30.000 afiliados.^[3] La mayor concentración, de alrededor de 5.000 personas, se da en Los Ángeles. Un estudio de la afiliación religiosa en Estados Unidos publicado por la Oficina del Censo de dicho país estima que de hecho solo 25.000 estadounidenses se califican a sí mismos de cienciólogos. Eso es menos de la mitad del número de los que se identifican a sí mismos como rastafaris.

Pese a las varias décadas de disminución del número de miembros e intermitentes escándalos que podrían haber hundido cualquier otra religión, la cienciología se mantiene a flote más de un cuarto de siglo después de la muerte de su quimérico líder, L. Ron Hubbard. En parte, su supervivencia se debe a sus colosales recursos financieros: alrededor de 1.000 millones de dólares en activos líquidos,^[4] según antiguos miembros bien informados. Hablando estrictamente

tamente en términos de reservas de efectivo, esa cifra eclipsa las posesiones de la mayoría de las principales religiones del mundo. La riqueza de la cienciología testimonia la avidez de sus miembros, su implacable recaudación de fondos, y el legado de los derechos de autor de Hubbard sobre los miles de libros y artículos que publicó.

La iglesia también afirma tener más de 1,1 millones de metros cuadrados de propiedades en todo el mundo.^[5] Hollywood es el centro del imperio inmobiliario de la cienciología, con 26 propiedades valoradas en 400 millones de dólares. La incorporación más reciente al patrimonio de la iglesia en Hollywood es un estudio de televisión situado en Sunset Boulevard, anteriormente propiedad de la cadena KCET y adquirido con el fin de poner en marcha un centro de difusión de la cienciología.^[6] En Clearwater, Florida, donde la cienciología mantiene su cuartel general espiritual, la iglesia cuenta con 68 parcelas de tierra en gran parte exentas de impuestos y valoradas en 168 millones de dólares. En ellas hay bloques de pisos, hoteles y moteles, almacenes, escuelas, edificios de oficinas, un banco y varias extensiones de terreno baldío.^[7] A menudo la iglesia adquiere edificios emblemáticos cerca de zonas urbanas clave, como Music Row en Nashville, Dupont Circle en Washington y Times Square en Nueva York. Una estrategia similar rige el emplazamiento de las propiedades de la cienciología en otros países. Normalmente, sus edificios son tesoros arquitectónicos magníficamente restaurados y lujosamente acondicionados, incluso cuando el número de socios resulta insignificante. La iglesia posee un complejo de más de 200 hectáreas en el sur de California, y un crucero, el Freewinds, que tiene su base en el Caribe. La Iglesia de la Tecnología Espiritual, la rama de la cienciología que posee las marcas registradas y los derechos de autor de todos los materiales de esta —incluyendo el inmenso corpus de ficción popular de Hubbard—, mantiene bases secretas en va-

rios lugares remotos en al menos tres estados norteamericanos, donde se guardan las obras del fundador en latas de titanio almacenadas en criptas a prueba de explosiones nucleares. Uno de esos emplazamientos, situado en la población de Trementina, Nuevo México, cuenta con una pista de aterrizaje y dos gigantescos círculos entrelazados grabados en el suelo del desierto; una señal para ovnis, creen algunos, o para el espíritu reencarnado de Hubbard cuando decida volver.

Hay, de hecho, tres clases de científicos. Los científicos públicos representan la mayoría de los miembros. Muchos de ellos tienen su primer contacto con la religión en una estación de metro o un centro comercial, donde se les puede realizar gratis una «prueba de estrés» o un inventario de personalidad denominado «Análisis de Capacidad de Oxford» (que en realidad no tiene vinculación alguna con la Universidad del mismo nombre). En tales ocasiones, probablemente se les dirá a los potenciales reclutas que tienen problemas que la ciencia puede resolver, y luego se les dirigirá a una iglesia o misión local para hacer cursos o terapia, lo que la iglesia denomina «auditoría». Eso es lo más lejos que llegan la mayoría de los nuevos miembros, pero otros inician un largo y costoso ascenso por el escalafón espiritual de la iglesia.

La aureola de misterio que rodea a esta religión se debe principalmente a la segunda clase de miembros: un pequeño número de actores de Hollywood y otros famosos. A fin de promover la idea de que la ciencia es un refugio excepcional para las estrellas de cine espiritualmente hambrientas, además de una especie de fábrica del estrellato, la iglesia gestiona Centros de Celebridades en Hollywood y varios núcleos estratégicos de la industria del espectáculo. Cualquier científico puede asistir a cursos en los Centros de Celebridades; forma parte del señuelo el hecho de que un miembro normal y corriente pueda imaginarse compartiendo una clase con actores o músicos de renombre. En la

práctica, los verdaderos famosos tienen su propia entrada y sus aulas privadas, y raras veces se mezclan con el público en general, excepto los grandes donantes económicos, a quienes se concede el mismo estatus elevado. Es imposible calcular el número total de famosos de la iglesia, tanto porque el propio término resulta demasiado elástico como porque algunas personalidades conocidas que han realizado cursos o auditorías no desean que se conozca su relación con ella.

Un cientólogo público normal y corriente puede pasar desapercibido. Nadie tiene por qué saber realmente cuáles son sus creencias. Los miembros públicos que dejan la iglesia raras veces arman un escándalo; se limitan a marcharse con discreción, y la comunidad cierra el círculo tras ellos (aunque es probable que durante el resto de su vida se les siga persiguiendo con requerimientos por teléfono o por correo electrónico). Los miembros famosos, por su parte, se ven constantemente presionados para que se añada su nombre a las peticiones, para ser exhibidos en talleres y galas, o para unir su foto al lema «Yo soy cientólogo». Su fama magnifica enormemente la influencia de la iglesia, y se despliega para potenciar las agendas sociales de la organización, incluyendo ataques a la psiquiatría y la industria farmacéutica, así como la promoción de las cuestionadas teorías de Hubbard sobre la educación y la rehabilitación de drogadictos. Pasan a hallarse vinculados al estandarte de la cientología, lo que hace más difícil la ruptura en caso de que se sientan desencantados.

Ni los cientólogos públicos ni los famosos podrían existir sin el tercer nivel de afiliación: el clero de la iglesia, la denominada Organización del Mar (en inglés Sea Organization o, simplemente, Sea Org) en la jerga de la cientología. Esta es producto de la flota privada que Hubbard mandó durante una década mientras dirigió su iglesia desde alta mar. La iglesia ha afirmado en distintas ocasiones que la Organización del Mar cuenta con 5.000, 6.000 o 10.000

miembros en todo el mundo.^[8] Por su parte, los antiguos miembros de la Organización del Mar estiman que el verdadero tamaño de este clero oscila entre los 3.000 y los 5.000 miembros, concentrados principalmente en Clearwater, Florida, y en Los Angeles.^[9] Muchos de ellos se unieron a la Organización del Mar siendo niños; han sacrificado su educación, y su servicio los ha empobrecido. Como símbolo de su dedicación inquebrantable a la promoción de los principios de Hubbard, han firmado contratos comprometiéndose a prestar sus servicios durante mil millones de años; solo un breve momento en el plan eterno de la cienciasología, que postula que el universo tiene cuatro mil billones de años de antigüedad.

La iglesia impugna el testimonio de muchas de las fuentes con las que he hablado para este libro, sobre todo el de los antiguos miembros de la Organización del Mar que en un momento dado la abandonaron, a los que califica de «apóstatas» y «desertores». Desde luego, es cierto que varios de ellos ya no aceptan las enseñanzas de L. Ron Hubbard; pero muchos todavía se consideran fervientes cienciasólogos, afirmando que ha sido la propia iglesia la que se ha apartado de su ejemplo. Entre ellos se incluyen algunos de los más altos dirigentes que han servido nunca en la organización.

La cienciasología se halla sin duda entre las religiones más estigmatizadas del mundo, debido a su excéntrica cosmología, su comportamiento vengativo frente a críticos y desertores, y el daño que ha infligido a las familias que se han roto por culpa de su política de «desconexión», y el aislamiento impuesto a los miembros de la iglesia frente a las personas que interfieren en el camino de su anhelado progreso espiritual. En Estados Unidos, las garantías constitucionales de la libertad religiosa protegen a la iglesia en relación con unas acciones que, de otro modo, podrían considerarse abusivas o que violan las leyes sobre el tráfico de

personas o la normativa laboral. Muchas de esas prácticas son bien conocidas por la opinión pública.

Y, sin embargo, sigue reclutándose a personas que sienten curiosidad por esta religión, aunque no en la cantidad que la cienciología pretende; los famosos continúan dirigiendo sus pasos al salón VIP de la iglesia; y los jóvenes entregan los próximos mil millones de años de su existencia a una organización que promete hacerles trabajar de manera despiadada sin prácticamente remuneración alguna. Es obvio que hay un atractivo que sobrevive a la suposición generalizada de que la cienciología es una secta y un fraude.

He pasado una gran parte de mi carrera examinando los efectos de las creencias religiosas en la vida de las personas; históricamente, una influencia mucho más profunda en la sociedad y en los individuos que la política, que es la esencia de la tarea periodística. Me sentí atraído a escribir este libro por las preguntas que mucha gente se plantea en torno a la cienciología: ¿qué es lo que hace tan seductora esta religión? ¿Qué sacan de ella sus adeptos? ¿Cómo es posible que personas aparentemente racionales suscriban creencias que otros encuentran incomprensibles? ¿Por qué hay personajes populares que se vinculan a una religión que probablemente va a crearles una especie de martirio en sus relaciones públicas? Estas preguntas no son exclusivas de la cienciología, pero seguramente ponen de relieve lo que se dice de ella. Al tratar de responderlas en este libro, confío en que podamos aprender algo sobre lo que podría denominarse el proceso de creencia. Pocos científicos han tenido una experiencia de conversión, una reorientación repentina y radical de la propia vida; lo más común es una aceptación gradual y sin reservas de proposiciones que inicialmente podrían haberse considerado inaceptables o absurdas, acompañada de la entrega progresiva de la voluntad por parte de personas a las que se ha prometido un gran poder y autoridad. Puede verse en este

ejemplo el motor que propulsa a todos los grandes movimientos sociales, para bien o para mal.

LAWRENCE WRIGHT
Austin, Texas

I CIENCIOLOGÍA

1

El converso

London, Ontario, es una ciudad manufacturera de tamaño medio situada a medio camino entre Toronto y Detroit, año conocida por sus cigarros y fábricas de cerveza. En un tributo a su famosa homónima británica, London tiene su propio Covent Carden, su propia Piccadilly Street, y hasta un río Támesis que se bifurca en torno al modesto y económicamente agobiado centro urbano. La ciudad, que se asienta en una húmeda cuenca, es notoria por su mal tiempo. Los veranos son excepcionalmente cálidos; los inviernos, brutalmente fríos, y las primaveras y los otoños, agradables pero efímeros. Su hijo predilecto más notable fue el músico Guy Lombardo, al que se honró en un museo local hasta que este hubo de cerrarse por falta de visitantes. London era un lugar difícil para un artista que tratara de encontrarse a sí mismo.

Paul Haggis tenía veintiún años en 1975. Se dirigía a pie a una tienda de discos del centro de London cuando se tropezó con un joven de pelo largo, palabra fluida y ojos penetrantes que estaba parado en la esquina de las calles Dundas y Waterloo. Había algo entusiasta y extrañamente inflexible en sus maneras. Se llamaba Jim Logan, y le puso a Haggis un libro en las manos.

—Usted tiene una mente —le dijo—. Este es el manual de instrucciones.

A continuación le exigió:

—Deme dos dólares.^[1]

El libro era *Dianética: la ciencia moderna de la salud mental*, de L. Ron Hubbard, publicado en 1950. Para cuando Logan se lo encasquetó a Haggis, se habían vendido más de dos millones de ejemplares del libro en todo el

mundo. Haggis lo abrió y vio una página en la que aparecían estampadas las palabras «Iglesia de la cienciaología».

—Lléveme allí —le dijo a Logan.

Por entonces había un reducido grupo de cienciaólogos en toda la provincia de Ontario. Casualmente, Haggis había oído hablar de la organización un par de meses antes, de labios de un amigo que la había calificado de secta. Eso despertó el interés de Haggis, que consideró la posibilidad de hacer un documental sobre ella. Cuando llegó a la sede de la iglesia en London, esta ciertamente no tenía aspecto de secta: dos jóvenes ocupaban un despacho de mala muerte encima de una tienda de baratillo.

Como ateo, Haggis recelaba de verse arrastrado a un sistema de creencias formal. En respuesta a su escepticismo, Logan le mostró un pasaje de Hubbard que rezaba: «Lo que es verdad es lo que es verdad para ti. Nadie tiene derecho a imponerte datos y ordenarte que los creas o ya verás. Si no es verdad para ti, es que no es verdad. Piensa tu propia manera de ver las cosas, acepta lo que es verdad para ti, descarta el resto. No hay nada más infeliz que tratar de vivir en un caos de mentiras».^[2] Estas palabras hallaron eco en Haggis.

Aunque él no fuera consciente, Haggis estaba siendo atraído a la iglesia por medio de un clásico «procedimiento de difusión» en cuatro pasos en cuya aplicación se entrena meticulosamente a los reclutadores. El primer paso es tomar contacto, como hizo Jim Logan con Haggis en 1975. El segundo consiste en desarmar cualquier antagonismo que el individuo pueda mostrar hacia la cienciaología. Una vez hecho esto, la tarea es «encontrar la ruina»; es decir, el problema que más preocupa al potencial recluta.^[3] En el caso de Paul, era un turbulento romance. El cuarto paso es convencer al sujeto de que la cienciaología tiene la respuesta. «Una vez que la persona es consciente de la ruina, le haces entender que la cienciaología puede abordar la situación — escribe Hubbard—. Es en el momento preciso de este paso